

“LA JAULA POR DENTRO”, de *Enrique Araya*. Artes y Letras.
Santiago, 1955

En otras oportunidades he dicho que los humoristas son hombres que van contra el fluir de la realidad. Quizás su finalidad se encamina a ratificar una especial manera de concebir la vida, como fenómeno de innúmeras circunstancias. El humorismo así concebido se convierte en catapulta cuyos disparos dan en la entraña de plurales blancos.

Esta afirmación, por lo general, es válida para muchas obras de humor. Quizás fuera necesario establecer algunas diferencias, resaltar ciertos matices, al socaire y en función de libros determinados. Tal ocurre, por ejemplo, con esta *Jaula por dentro*, que Enrique Araya ha querido abrir para dejarnos ver sus interesantes pobladores.

La obra está construída mediante un número de epístolas que un señor dirige a su hermano. Son unas cartas narrativas y dramatizadas. Con poco esfuerzo, podríamos imaginarnos situados en los cauces de una interesante novela, casi perfecta en su técnica, con argumento, con sus personajes bien delineados, disparados en busca de una solución novelesca.

El autor ha querido exponernos la vida y sufrimientos de un personaje de la clase media, de un funcionario que muere agobiado por el peso de una numerosa prole. No hay en estas páginas fuertes contrastes entre la realidad y su ideal transcripción. Los problemas que plantea han sido arrancados del vivir diario. Vemos desfilas las incómodas posturas humanas que produce la inflación. Asistimos al desfile de domésticas exigentes, de hijos numerosos, de esposas que adivinan la honda huella producida por sus pasos en tierra firme.

Los toques humorísticos de Enrique Araya brotan de manera natural, sin que necesite acudir a extorsiones del lenguaje habitual, hablado. El lector ríe y sonrío, porque las tribulaciones del protagonista son las suyas, quizás porque adivina que la vida de los seres

es compleja y comprometida. De esta forma el humorismo es algo funcional, no un raro fruto que florece en predios de excepción.

Ahora bien, el escritor humorista siente dilección evocando los acontecimientos de su infancia, los días ya olvidados en que los programas vitales no eran inevitables problemas. Por esta razón nos habla de unos juegos infantiles, de unos hombres que remontan el curso de su vida para reposar, complacidos, entre los pequeños objetos de sus desvanecidas preferencias. Razón tiene Enrique Araya al sugerir que los hombres necesitan recobrar los perfiles espirituales de sus años felices. He ahí el hondo sentido humanista de sus fugas de humor.

Los existencialistas nos han dicho que el individuo ha de inventar hazañas que sean superiores a la realidad. Y tal vez, debiera vivirlas, con todas sus consecuencias.

En la carta dedicada a satirizar las prácticas esotéricas hay como una crítica social. El tema de la mujer muñeca ha sido superado. Y un personaje de esta nutrida galería de tipos humanos conoce la euforia de atrevidos desdoblamientos. Pero, todo ello le produce cierta infelicidad, pues descubre la escasa consistencia humana de su esposa. Llega a la conclusión: "He descubierto que mi mujer es un espíritu de muy retardada evolución. He comprobado que vive una etapa intermedia entre el maniquí y la mujer".

Como es lógico, vendrá el divorcio, sin padecer el más leve remordimiento.

En nuestros días el humor ha tenido que afinar la trayectoria de sus dardos. El proceso del arte humorístico es complejo, se ha convertido en menester de severas exigencias. Sus construcciones ideales tienden a fijar la vida en un aspecto temporáneo, en un gesto resonante. El humorista inteligente descompone el carácter de los seres en sus elementos, desnuda a los héroes, se aboca admirado sobre los abismos del alma; busca los detalles íntimos y minúsculos, hace brotar chispazos de situaciones contrarias.

Enrique Araya es un escritor de talento. Sus personajes están delineados con insuperable maestría. Sin recurrir a las frases hechas,

consigue que sus criaturas nos vayan entregando sus vibraciones recónditas, su verdadera cifra espiritual, el esperpento que todo hombre quisiera ocultar a los ojos de los demás.

Los habitantes de tan heteróclita jaula no recurren a situaciones absurdas. Más bien, dejan que su doble actúe para deleite de ellos mismos. Obran así, porque son criollos y están acostumbrados a decir las cosas más graves con entonación de indiferencia, con los ojos casi cerrados, esperando que su broma rebote en algún obstáculo y les devuelva los efectos, tal vez agrandados. Esta actitud es la sombra chinesca que hace despertar a las sensibilidades más obtusas.

Pero no todo es malabarismo de palabras y conceptos en las páginas de esta obra. También abundan alardes de estilo literario, de concisión y belleza.

Cuando el protagonista ha escrito sus nutridas epístolas, cuando el fracaso se le viene encima, dirige su mirada a lugares de égloga campesina. Ha visto los ventrudos fudres de vino generoso. La sed le cosquillea. Y sin embargo, dice: "No me atreví a decirle que mis deseos eran beber al instante y de cualquiera, como para celebrar mi llegada a esa tierra de promisión. Esa noche dormí con la ventana de par en par abierta hacia el parque, poblado de añosos árboles. Creo que subconscientemente me impulsaba a correr el riesgo de amanecer resfriado, el absurdo de fundirme pronto con la naturaleza de la cual viviera lejos tantos años. Desperté transfigurado, henchido de vigor y optimismo. El cántico de los pajarillos al amanecer, entre dormido y despierto, lo imaginé fluyendo de mil flautas de oro, tocadas por duendes enanos".

No andan equivocados quienes han dicho que el humorismo es la captación de lo sublime, pero al revés, posiblemente una especie de risa filosófica cuajada de trascendencias, una idea que aniquila, una visión telescópica del mundo, pero invirtiendo las funciones de objetivo y ocular.

Enrique Araya, felizmente, no quiere filosofar. Sin embargo, aprovechando situaciones reales, carga de humorismo algún principio filosófico, embozado entre piruetas: "No hay que oponerse a las

circunstancias naturales; mejor es buscarles un aprovechamiento en beneficio nuestro”.

En la literatura chilena, los humoristas son escasos. Quizás porque del humorismo se pasa fácilmente a los ámbitos del pesimismo. Pero el autor de *La jaula por dentro* se mantiene firme en los dominios del humor. Las consecuencias didascálicas puede formularselas el lector, por añadidura, como estrambote.

He aquí una obra para ser leída meticulosamente. Entre sus líneas pululan los duendecillos, los seres traviosos que parecen decirnos: Los hombres completos necesitan aventurarse, saltar más allá de su propia sombra.

Iniciado el salto, un mundo original se despliega. Palabras y gestos incitan a la fuga sentimental.—V. M.



“EL POETA QUE SE VOLVIÓ GUSANO”. *Fernando Alegría*. Ediciones “Cuadernos Americanos”, México

Acaba de aparecer este hermosísimo tomo de cuentos del escritor y catedrático chileno residente en Berkeley, California, y editado en los talleres de los prestigiosos “Cuadernos Americanos”, que dirige Jesús Silva Herzog. Son ocho las historias que el autor de *Lautaro* y *Camaleón*, nos cuenta en el volumen, subtitulándolas “historias verídicas”, con un rasgo de fina ironía que sólo viene a entenderse cuando se voltea la última página.

Fernando Alegría siempre manejó la ironía con indiscutible soltura y maestría; pero, en este conjunto de cuentos, tal virtud suya alcanza a la altura de los grandes y más modernos maestros del humor. Hay una riqueza de matices psicológicos en el anudamiento y desenlace de sus argumentos, que Alegría nunca antes mostró en tal grado, salvo en su novela próxima a aparecer *Caballo de Copas*, cuyo manuscrito por azar hemos conocido. En medio de los momentos más dramáticos y de circunstancias extremadamente dolorosas, Ale-